

Legendas de Veracruz: Tornasol

Por Pilar Caro

La guarnición del baluarte de la Concepción estaba aterrizada por lo que noche a noche pasaba dentro de sus muros, a pesar de ser hombres valientes y rudos de combate.

El jefe del baluarte informaba a su superior que cada noche aparecía, casi destrozado, el centinela del bastión que daba a la playa de la caleta. No se oía ningún ruido sospechoso, la ronda hacía su paseo con regularidad, pero después de las doce campanadas de la media noche, cuando el centinela de la caleta había contestado el "alerta" reglamentario, se escuchaban espantosos ladridos de perro, que helaban la sangre, y al acudir los demás soldados encontraban el cadáver de su compañero con la garganta destrozada y el rostro desgarrado.

Los soldados ya no querían hacer guardia en el bastión de la caleta y el jefe del fortín no quería obligarlos pues él mismo sentía temor. Los superiores incrédulos, no obstante los cuatro soldados destrozados, mandaron al capitán Julio Hoz, que tenía fama, muy merecida por cierto, de fuerte, audaz y valiente.

El capitán inspeccionó, dictó órdenes, arengó a sus subalternos, revisó las armas, y se dispuso a pasar lo mejor posible la velada. Llamó al jefe del baluarte, tomaron vino y jugaron baraja hasta que estuvo próxima la media noche. El soldado más atrevido ya estaba de centinela en el bastión del misterio.

El capitán fue entonces a suplirlo aunque de todos modos lo premiaría por su valor. La ronda hizo su camino habitual, contestó el capitán el "alerta" y se escuchó, a lo lejos, el resonar de las doce campanadas de la Santa Iglesia Parroquial de Veracruz. Empuñó su espada y escudriñó entre la oscuridad que sólo rompía el tenue resplandor de las luces de San Juan de Ulúa, lejos, muy lejos.

Ni un ruido, un minuto transcurrió y el capitán perdió la tranquilidad. Un suave arañar de la puerta y un quejido le hicieron estremecer, alguien agonizaba en el umbral, como un relámpago supuso que había una nueva víctima del misterio y abrió la puerta para enfrentarse a un enorme perro negro cuyos ojos despedían chispas de fuego.

Don Julio, velozmente, empuñó con una mano la espada y con la otra el puñal y al arrojarse el perro contra él, le dio una estocada que desapareció entera por el hocico abierto, mientras hundía el puñal hasta la cachea en las costillas del horrible animal.

Luego un tremendo alarido, la fiera, mortalmente herida, lanzó al capitán un zarpazo que le atinó a un ojo que se vació por completo, el dolor era insoportable. La guarnición del baluarte con su jefe al frente se acercó rápidamente temiendo que el capitán hubiera muerto en el intento.

Lo encontraron sin sentido, bañado en sangre, al volver en sí balbuceó: "Buscad al perro", "Buscad al perro". Los soldados creyeron que había perdido la razón, pues no había ningún perro; después atravesaban la caleta llevando en una parihuela al capitán, cuando cerca de la ciudad les llamó la atención un bulto atravesado en el camino y se encontraron con la sorpresa de que un mulato, muy conocido en Veracruz apodado "Tornasol", estaba ahí muerto, con el puñal del capitán hundido en las costillas y la boca atravesada por la espada del valiente militar. Rápidamente los aterrizados soldados se alejaron.

El osado capitán don Julio Hoz fue bien recompensado y, aunque tenía un parche en el ojo, su fama de valiente creció. Decía que no temía al diablo porque era católico y sabía encomendarse a Dios en todos los trances de su vida.

(Versión basada en textos de don José Peña Fentanes y don Francisco Broissin Abdalá)

